



## **SETÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES**

**“Paraules d’Adriana”**

**CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.013**

**AUTORA: MAITE DELGADO MIRANZO**

### **LA CERTEZA**

Me estoy preparando para tomar la cerveza que he robado esta tarde en el supermercado y, aunque siento impaciencia por sumergirme en ese estado laxo y a la vez lúcido que el alcohol induce en mí, antes quiero poner orden.

Hace poco más de un mes que cortaron el suministro de gas y me han notificado que el de luz lo cortarán el lunes. Dispongo de dos días y tres noches para vivir a todo lujo.

¡A todo lujo, qué tontería! He estado ahorrando luz viviendo bajo mínimos y, ya que la van a cortar, este fin de semana voy a desquitarme. Nada de barrer con la escoba, voy a hacerlo con el aspirador. Nada de lavarme por partes con agua fría, es igual que no haya gas, voy a utilizar el microondas para calentar agua hasta que la bañera rebose. Nada de lavar a mano, pondré la lavadora con la última pastilla de detergente que queda y luego la secadora y después plancharé hasta las toallas.

Necesito oír por última vez los ruidos cotidianos que me han arrebatado. Necesito oír el aspirador, la lavadora, la secadora, y también el calefactor del cuarto de baño que voy a colocar en la sala con el termostato a tope.

Me siento ante el escritorio para organizar mi agenda. A las 19 horas inicio de la actividad: quitar polvo, aspirador, cristales, fregar suelos, (entretanto, ir calentando agua en el microondas para el baño), bañarme, recoger baño, poner lavadora, comer algo, limpiar frigorífico pero no desconectar hasta el momento de tomar la cerveza, ver la peli 'Abusadas', (recordar trasladar la ropa a la secadora), planchar, ordenar la ropa en los armarios... tomar la cerveza.

Los quehaceres que acostumbro a posponer con cualquier excusa, hoy me atraen. Mientras quito el polvo de los muebles observo las señas de identidad que les han conferido los años de uso; como los pocitos que la viruela dejó en mi cara, la mesa multiusos de la cocina tiene quemaduras de colillas que resbalaron del cenicero, rayas del cúter que escapó más allá de su objetivo, manchas blanquecinas de platos o cazuelas demasiado calientes... aun así me parece hermosa y me esmero en lustrarla con la poca cera que queda en el envase, y me entretengo más en las quemaduras al recordar... *había dejado de fumar, es fácil hacerlo cuando no tienes dinero, pero al ver a un amigo encender un cigarrillo no pude resistirme, le pedí uno y su respuesta me aguijoneó el alma 'Tú ¿qué?, ¿has dejado de fumar o de comprar?'* Lustro y lustro la mesa mientras atiendo al dolor que sentí, ¡cuán distintas pueden ser nuestras reacciones en función de las causas que subyacen! Ahora sé que en aquel momento no era nicotina lo que buscaba, ni siquiera el pobre placer que puede aportar tener un cigarrillo en la mano, no, no era eso, era la necesidad de sentir que tenía derecho...

Tacho la primera tarea en mi agenda y me dispongo a pasar el aspirador; concienzudamente insisto en las esquinas y los zócalos, cambio de accesorio

para las alfombras, y vuelvo a cambiar para las cortinas y los rincones de los techos en los que las arañas acostumbran a instalarse; me detengo en el primer rincón porque no puedo absorber a su habitante, si mi hija viviera no me lo habría permitido; así que voy en busca de la escalera y con cuidado las traslado una a una a la terraza.

Limpio los cristales con agua y vinagre, ya no queda limpiacristales; y con un trapo viejo, ya no queda papel de cocina. Si viviera mi mujer me diría que siempre hay alternativas, que cuando crees que no puedes hacer algo siempre encuentras una nueva manera de hacerlo. Pero a ella se le agotaron las maneras de seguir viviendo y me duele ver desde la cristalera como siguen viviendo el hibisco que ella plantó, y la buganvilla, y el jazmín, y la gardenia... Y me emociono porque sé que van a seguir viviendo, aunque ya no haya nadie que las riegue, porque el invierno se presenta benigno y lluvioso.

Lleno de agua el cubo para fregar los suelos; lleno de agua también un gran bol que caliento en el microondas mientras me debato en si debo llenar o no la bañera. Cada vez que cambio el agua del cubo, vierto el agua caliente del bol en la bañera y lo vuelvo a llenar y poner a calentar. Cuando acabo de fregar los suelos, la bañera está medio llena y decido conformarme aunque vaya a ser mi último baño.

Ya he recogido el cuarto de baño y he puesto la ropa en la lavadora así que me dispongo a comer algo. Saco del congelador el último trozo de pan que queda, y lo descongelo en el microondas. *Pan con pan, comida de tontos*—decía mi madre. *¡Qué suerte tengo madre de que me guste tanto el pan!* —digo yo ahora.

Limpio el congelador, ya no queda nada en él, y lo desconecto. Limpio la nevera en la que sólo queda la cerveza, ya la desconectaré más tarde. Me siento debilitado por el esfuerzo pero el pan me consuela y me dispongo a ver la película cuya sinopsis me anticipa sensiblerías femeninas, pero quiero verla para sentir cerca a mi mujer y a su madre, y a mi madre y a mi hija; ellas vieron esa película infinidad de veces. Hoy quiero saber qué es eso que les interesaba tanto.

Sin gas no hay calefacción y sin calefacción un ático es una nevera, así que coloco el calefactor en la sala pero me resisto a poner el termostato a tope, me basta con templar el ambiente de modo que no se me enfríe la nariz; me he abrigado encima del pijama con una chaqueta y un pantalón viejos, además en el sofá tengo una manta. Me tumbo y enciendo la tele, es grato sentirse limpio y abrigado...

He agotado el último rollo de papel higiénico con tanto lagrimeo, mis sienes palpitan y me duele la cabeza; la película ha logrado sustraerme de mis defensas crónicas.

Siento mucho que la ropa esté aún mojada; resultaría más fácil, para huir de los recuerdos que duelen, planchar mientras miro algún programa tonto en la tele. Traslado la ropa de la lavadora a la secadora; en el microondas se calienta agua para una infusión mientras preparo la tabla de planchar. Necesito activarme aunque sea ya de madrugada, además de que deseo acabar todas las tareas que me he impuesto.

Mientras espero que finalice el programa de la secadora me siento ante el calefactor con la manta sobre los hombros y una taza de poleo entre las

manos. Este pequeño confort, que me he permitido después de mucho tiempo de austeridad, convoca situaciones que la película ha despertado: *esta misma sala caldeada, mi mujer en el rincón que sirve de despacho haciendo las declaraciones de la renta de muchos de nuestros amigos, mi madre haciendo ganchillo, mi suegra bordando a punto de cruz alguna prenda para el ajuar de la niña, de mi querida hija que estudia en la mesa grande, y yo en este mismo sillón que ahora ocupo leyendo la prensa de la tarde; y de repente, casi al unísono las cuatro mujeres recuerdan que en pocos minutos comenzará en la tele 'la película'*. Nunca fui excluido, era yo quien me alejaba con cierta benevolencia ante lo que consideraba tonterías de mujeres. ¡Qué falta de respeto por mi parte! Me consuela pensar que ellas, lejos de sentirse menospreciadas, bien podían sentir hacia mí esa especie de comprensión maternal con la que las mujeres suelen mirarnos cuando no estamos a la altura.

La película me ha dicho mucho del posicionamiento de las mujeres de mi familia ante la vida, aunque no sé si les gustaba la película porque coincidía con sus pareceres o, porque les gustaba la película, permitían que influyera en sus pareceres; fuera como fuere hoy comprendo mejor el comportamiento de mi hija. Ella, que después de acabar medicina, se había especializado en geriatría y que junto con otros tres compañeros de profesión habían ofrecido sus servicios a diversas residencias geriátricas; en una de ellas los habían citado por dos veces para negociar algunos puntos y cuando ya casi habían desistido de conseguir el contrato fueron citados una tercera vez; ese día comprobaron comportamientos indeseables en ese centro y mi hija renunció al

contrato unilateralmente, más tarde fue desautorizada por sus socios, y finalmente ella abandonó la sociedad.

Recuerdo aquel día con una nitidez inusual y también comprendo ahora porqué no se desahogó conmigo. Cierro los ojos y puedo ver a su madre y sus abuelas sentadas en el sofá que tengo enfrente, observándola yendo y viniendo por esta sala hecha una fiera. Aquel día, a pesar de querer mucho a mi hija, pensé que era orgullosa y que debía haberse rendido a la decisión mayoritaria de sus socios. Fue una suerte que no pasara de un pensamiento porque mi mujer, conociéndome, obstaculizó que yo lo expresara. Nuestra hija ya no vivía en casa, se había emancipado; pero aquella noche, después de cenar con nosotros, se quedó a dormir en su antiguo cuarto. Después de aquel día nos visitó a menudo, luego se instaló para ayudarnos en el cuidado de las abuelas, más tarde decidió quedarse para ayudarme en el cuidado de mi mujer, su madre; y más tarde ya no pudo marcharse porque precisó de mis cuidados hasta su viaje definitivo.

La secadora se ha parado, enchufo la plancha y voy en busca de la ropa; mientras plancho recuerdo las tardes de cuando era chico y llegaba a casa del colegio, la casa olía a ropa limpia que el calor de la plancha desprendía. Yo me sentaba en la mesa grande a hacer los deberes mientras mi madre seguía planchando, y yo no quería que la tarde se acabara, quería que nada cambiara, que aquel instante fuera eterno.

Sin papel de cocina, y sin papel higiénico, he tenido que echar mano de las servilletas de papel; no sé a qué viene tanto lagrimeo. Cuando logro serenarme decido guardar la ropa. *Un lugar para cada cosa y cada cosa en su*

*lugar*—solía decir mi suegra. Era una extraña mujer que nunca me esforcé en conocer, aunque ahora me doy cuenta que siempre atendí sus indicaciones; y obediente me dispongo a colocar la ropa según el orden que ella instauró. En el armario de la ropa de casa no puedo dejar de mirar las sábanas que las abuelas prepararon para el ajuar de la niña, con las puntillas que hizo mi madre, con las iniciales de punto de cruz que bordó mi suegra, y con el planchado que les dio mi mujer hasta dejarlas impecables; y ahí siguen, poniéndose amarillas sin que la niña llegara a estrenarlas.

No sé por qué en este momento me acuerdo del poema *El embargo* de Gabriel y Galán, quizá sea porque haber vivido con cuatro mujeres me ha feminizado; o quizá me ha hecho hombre, si entiendo por ser hombre sentir con todo el corazón y con toda el alma.

Mujeres más: estuve a vuestro lado, hice los trabajos que me pedisteis, os cuidé y atendí cuando lo requeríais... y aun así os engañé porque me protegí de vosotras, no me permití compartir vuestras risas, ¡ni vuestras lágrimas!, y hoy he de llorarlas todas, solo.

Anoche me dormí acurrucado en el sofá, y en él sigo cuando es casi mediodía. Me siento apático y para aliviar el decaimiento echo mano del enfado por no haber finalizado ayer mis tareas: no tomé la cerveza. El recurso funciona y el enojo suscita mi ira que se troca en energía. Me levanto, me aseo, y caliento agua para una infusión.

Estuvo bien dormirme anoche y no tomar la cerveza, porque olvidé regar las plantas por última vez; mientras lo hago hablo con ellas. Parece que quiera justificarme aunque lo que pretendo es convencerlas: *Sé que puedo obtener*



*comida, y que sin gas y sin luz también puedo vivir aunque sea invierno, hay en la casa un montón de mantas; pero pronto cortarán también el agua, y los vecinos querrán cobrar los recibos de la comunidad y también habrá que pagar el IBI. Os aseguro, queridas plantas, que no es vergüenza o desesperación lo que siento. Estoy cansado, cansado de los engaños de las empresas que nos dejan en la calle, pero no son ellas la únicas responsables de mi apatía; estoy cansado también de los engaños de los bancos que se han quedado con nuestros ahorros, pero no son ellos los únicos responsables de mi apatía; estoy sobre todo cansado de los engaños de los gobernantes cómplices que permiten todas esas fechorías. Uno por uno no es responsable de mi apatía, cada uno por sí solo no tiene tanto poder, pero todos juntos...; esperad, ahora vuelvo, me parece haber oído el timbre de la puerta.*

Antes de abrir decido observar por la mirilla. ¡Válgame Dios, la vecina de abajo! Parece que esta mujer huele mis intenciones, todavía recuerdo la otra vez que quise tomarme la cerveza, aunque aquella no tuvo que robarla...: *Hola Tomás, disculpa que te moleste pero necesito que me hagas dos favores: he prometido a mi yerno hacerle pollo a la cerveza pero se las han bebido todas con el aperitivo; aunque sé que no bebes ¿no tendrás una por casualidad? Y se me ha estropeado el coche y no están los tiempos para comprarse uno nuevo y menos para tenerlo en la calle; y como veo que hace mucho que no usas el tuyo, si me lo dejas a un precio razonable te lo compro; también me gustaría que me alquilaras la plaza de aparcamiento o si quieres me la vendes también... Con aquel dinero he tirado un par de años más. ¿Qué querrá ahora?*

–Hola Tomás, disculpa que te moleste ¿tienes uno de aquellos calmantes tan potentes que me diste un día para mi muela?, es que vuelve a hacerme la puñeta.

Me siento como un autómatas cuando hago pasar a mi vecina para darle la caja de medicamento que, con su habitual desparpajo, decide llevarse entera por si más tarde le sigue doliendo. Ya en el rellano, y antes de darme tiempo a cerrar la puerta, se vuelve.

–Mira, hace días que quiero decírtelo pero no me he atrevido hasta hoy. Ya sabes que tenemos en casa a los hijos de mi hermano; es importante que sigan aquí hasta que acaben sus estudios pero no disponemos de tanto espacio desde que tenemos a las abuelas con nosotros. Lo hemos hablado con mi hermano y mi cuñada y queremos pedirte que le alquiles una habitación a cada uno. Bueno ¿qué dices? No creas...

Ya no escucho lo que sigue diciendo, habla de dinero, de depósitos, de mensualidades por adelantado, de la obligación de que los chicos se encarguen de sí mismos, que ellos ya saben que mi casa no es un hotel... Pues, bueno, sí, como queráis –acuerdo a decir.

–Ahora mismo te mando a mi marido y os ponéis de acuerdo –dice ella.

Mientras espero a su marido decido volver a la terraza a seguir conversando con las plantas. *Queridas mías, ahora sé, ¡qué digo!, ahora tengo la certeza de que mis cuatro mujeres no me quieren a su lado todavía...*

Pseudònim: Eriçó